

“Hablarán los días” Nuevo libro de Eduardo Mora Anda

Walter Franco Serrano*

“Mora Mora me enamora,
mas no mora de nación.
Mora digo porque mora
dentro de mi corazón.”

Este epigrama no imaginaba aún escribirlo el doctor Emiliano Mora Bermeo, cuando el 3 de agosto de 1901, a bordo del buque “LOA” rumbo a Paita, retornaba a Loja, luego de disfrutar en Lima una corta temporada de vacaciones. Paita, Sullana, Piura y Macará, serán los hitos de su retorno.

“El doctor Emiliano –nos dice su nieto y autor del libro que comento- pensaba ya en lo que haría al volver a Loja. Tenía algunos proyectos con relación a sus fincas, y también algunas esperanzas afectivas... De pronto, sin saber por qué pasó por su mente la imagen de su joven sobrina Clotilde. No sabía que decidiría casarse con ella, que tendría que solicitar una dispensa eclesiástica para hacerlo, ni que viajaría a Europa” en compañía de familiares y amigos.

Porque como piensa el autor “... a veces los tiempos se cruzan, se superponen, se entremezclan...” y Ruy Cendrás, un poeta francés, a quien cita al comenzar su narración con tono melancólico afirma: “Hablarán los días las mismas canciones/ de soles y lluvias, de luces y sombras/ y los mismos pasos de ayer, redivivos, / pasarán de nuevo por nuestra memoria.”

El argumento y el propósito del libro, radica en ese párrafo con el que inicio mi comentario y que consta en la página 233, es decir casi al final de la narración. Un recurso muy hábil del buen maestro del género que es Eduardo Mora Anda. ¿Pero de qué género literario se trata? Ya lo veremos más adelante.

HABLARÁN LOS DÍAS, que nos ha reunido en casa de tanta significación y recuerdo para quienes tuvimos la oportunidad de escuchar aquí a don Benjamín Carrión con su risa espontánea y pensamiento sabio y ameno; es el título del nuevo libro de Eduardo Mora Anda, y al

* Poeta y Funcionario del Servicio Exterior (S.P.).

leerlo me han surgido algunas reflexiones. La primera, por ejemplo, ¿se trata solamente de un comentario al diario de viajes que lleva minuciosamente el doctor Emiliano Mora, con su referencia a ciudades, personas, barcos, trenes y diligencias, cuando decide ir a Roma en busca de una dispensa consoladora? ¿O quizás una somera descripción de varios antecedentes familiares? ¿O por último, tal vez de una novela que por su propia naturaleza admite cualquier recurso imaginativo? Coincido con Eduardo Mora en que todos estos elementos están presentes en su libro, además como él lo afirma “Un apellido revela un pasado, representa un solar, una identidad.” Y esto es tan cierto, como que todo escritor al crear sus personajes primero empieza por otorgarles una filiación, una manera de ser, una identidad, una geografía; y si los personajes sobre los que uno escribe son seres reales, con mayor razón, pues, tienen ya su propio espacio físico, espiritual e histórico, que por ningún concepto se pueden alterar. Y esto es lo que hace Eduardo Mora en este libro al contarnos cuanto ocurre a don Emiliano, su ilustre antecesor; y lo hace con mucha solvencia, por cierto, pues, en él se conjuga la relación de varios sucesos históricos, una descripción de su genealogía, y el encanto e interés de una novela porque mantiene despierta nuestra curiosidad y atención hasta conocer su desenlace. ¿Concederá el Papa la

dispensa solicitada para la boda de don Emiliano y su sobrina Clotilde, estos jóvenes enamorados que con toda ilusión no desmayan en luchar contra lo imposible?

Ya lo dijo Federico García Lorca:

“Hacia Roma caminan
dos peregrinos,
a que los case el Papa
porque son primos.”

¿Cuál es la diferencia entre la realidad y la ficción? ¿Acaso el príncipe Segismundo no dijo hace muchos siglos que la vida es un sueño?

¿Acaso la bellísima Dulcinea del Toboso, el Caballero de la Triste Figura y su escudero Sancho, no son tan reales como nosotros mismos? ¿Y, en tratándose de seres humanos tangibles como la piel y la sangre, que por la ley inexorable de la vida terrena dejaron de estar con nosotros, ¿al ser rememorados no existen con toda la fuerza de la realidad? Eduardo Mora nos dice por eso que en su libro están “... la evocación de otra época y de sus gentes y lugares, el homenaje a los personajes que queremos y la leve picaresca que mi imaginación ha reunido...”

Ray Bradbury, ese inolvidable creador de símbolos poéticos, en uno de los capítulos de su hermoso libro “El Vino del Estío”, nos cuenta que cuando comenzaba el verano de 1928, tres muchachos inquietos,

descubren en su pueblo la existencia de una “Máquina del Tiempo”, artilugio que sirve para viajar siempre al pasado, hacia un pasado de treinta, cuarenta o cien años. Esta “máquina del tiempo” es nada menos que la memoria del viejo coronel Freeleigh, que descubre ante los ojos asombrados de sus jóvenes oyentes las aventuras por él vividas, o conocidas de épocas pretéritas; y que cobran tanta realidad ante sus ojos que terminan por convencerlos que efectivamente el viejo coronel es “una máquina del tiempo”.

Hay una extraña fascinación en regresar al pasado, en descubrir ese mundo maravilloso anterior a nosotros, sobre todo cuando esa época es una herencia transmitida con sabiduría y amor, y con sabiduría y amor recibida por nosotros, entonces podemos comprenderla y vivirla en todas sus dimensiones.

Y esto sucede en “Hablarán los Días”. Eduardo Mora, a su modo, también es una máquina del tiempo, que recrea personas y sucesos anteriores, y despierta nuestra curiosidad para seguir paso a paso sus aventuras. El autor además, se mueve con prodigiosa facilidad en todos los planos del relato, tan pronto es el doctor Emiliano en 1901 ó 1902 con sus aspiraciones matrimoniales, o es el doctor Eduardo Mora Moreno en Europa décadas más tarde, o casi en hogaño el mismísimo Eduar-

do, su hijo, recorriendo los pasos de sus antecesores por Andalucía, o París, o Barcelona, o son los primeros Mora que llegaron al territorio del Ecuador. Y junto a ellos nos presenta una riqueza de personajes, familiares unos, extranjeros otros, dignos de ser mencionados. Entre los primeros citaremos a los sobrinos de don Emiliano, los hermanos Clotilde y Clodoveo Carrión Mora, ella la amada en secreto, y él, joven y sabio estudioso de las ciencias naturales. A doña Benigna Burneo Palacio, quien sabe y ampara con mucha discreción el amor de tío y sobrina; doña Benigna es, además, una noble y atildada dama, a quien le gusta vivir y tratarse bien, y para acompañar a sus protegidos en el viaje a Europa, no duda en vender su hacienda “El Tejar” en veinticinco mil libras esterlinas, le quedarán todavía doce mil a su retorno, luego de todas sus compras y gastos, las mismas que repartirá generosamente entre sus sobrinas. (¿Quién no tuviera una tía generosa como doña Benigna, verdad?) Doña Benigna además, casi nunca sufre de mareos en el prolongado viaje, y aunque no nos lo dice el autor, pienso yo que sería el alma y la alegría del grupo. Y por último el amigo y compañero de estudios de don Emiliano, don Ramón Samaniego y Carrión, hijo del político Ramón Samaniego y Palacio. Todos ellos forman parte del pequeño grupo turístico lojano. Y entre los extraños y casi de ficción:

Hosni Abdul Kamel, “el príncipe de Arabia”, árabe de verdad, que habla a raudales del Corán y del Profeta, de las “Mil y una noches”, sorprendente en sus amores, tan pronto de una camarera afroamericana que encuentra en un hotel de Atlanta, o de dos espléndidas mujeres, rubia y pelinegra, respectivamente, que causan la envidia y asombro de los varones. O también Ruy Cendrás, a quien ya hemos citado, hombre delgado, casi etéreo. que toca la flauta, el laúd, la mandolina, y canta con voz dulce y alta, generalmente canciones medievales. Su nombre, sus aficiones y personalidad me recuerdan un poco a Blas Cendrars, poeta francés, nacido en París en 1887, quien según Jorge Carrera Andrade, es un hombre de vida aventurera, de múltiples oficios, viajes, experiencias maravillosas que configuran su gran obra poética. Y se encuentra por supuesto, el caballero don Artemio Ramírez de Bellido y Buenafronda, con su vibrante conferencia: “Demostración matemática de que Bolívar es Dios por derecho propio”. Hay también otros a quienes no encontraremos en Europa sino en la misma Loja, pero que merecen ser citados, por ejemplo: el obispo José María Masiá y Videla, enemigo acérrimo de los liberales y que convierte los guijarros en brillantes para hacer caridad, o también a esos otros obispos empeñados en derrocar las viejas iglesias del patrimonio cultural lojano. ¿Verdad que todos

los personajes descritos pertenecen al más auténtico realismo mágico y algunos de ellos inclusive a las mismísima picaresca?

Con esta somera descripción de personajes, busco despertar en ustedes el interés y curiosidad por este hermoso e ilustrativo libro de Eduardo Mora Anda, escrito con mucha propiedad y galanura del idioma, repleto de la savia vital del fabuloso paisaje lojano; se deleitarán con los pormenores de un viaje por barco, por tren, por diligencia, efectuado a comienzos del siglo pasado. Aquí merece señalarse como curiosidad el itinerario seguido por los viajeros desde nuestro país hasta llegar a Panamá y Colón en espera de la llegada del barco “León XIII” de la Cía. Trasatlántica Española que los llevará bordeando la costa hasta La Guaira y finalmente a Puerto Rico para realizar la última etapa hasta a Europa, y en donde ocurren aventuras insólitas como aquella de don Emiliano que por bajarse del tren en Irún a fin de estirar las piernas no lo ve partir y tiene que emular a Phileas Foog para llegar a Hendaya y reunirse con su amada y sus acompañantes. ¿Quien en un viaje no ha sufrido percances como el descrito, o conocido seres humanos curiosos, lugares y sucesos dignos de ser registrado en un diario personal, como el llevado por el doctor Emiliano y comentado con amor filial y poesía por Eduardo?.

Como dije al principio, el autor, sabe mantener el ritmo de su narración, no revela la decisión vaticana sobre la dispensa matrimonial sino casi al final de su relato; por mi parte, tampoco yo voy a descubrirlo.

Solo me queda pedirles disculpas si he tomado más del tiempo necesario para contarles mi parecer sobre este libro novedoso y apasionante del poeta, pensador, filósofo, y noble amigo, Eduardo Mora Anda, de quien tantas cosas buenas podría conversarles, pero ustedes bien saben que un viaje de ida y retorno de Loja a Europa, en cualquier época demanda tiempo, y a veces de mucho tiempo. Gracias.

NOTAS ADICIONALES

Una vez terminado de escribir el pequeño comentario anterior sobre el libro de Eduardo Mora, leído como presentación en el acto efectuado en el Centro Cultural “Benjamín Carrión”, el 15 de junio último, creí necesario revisarlo y añadir algunas ideas que me parecieron complementaban la armonía general del texto. Asimismo considero necesario referirme a dos aspectos principales del libro y que no fueron mencionados por ninguno de quienes hicimos la presentación esa noche, esto es, el pensamiento político del Dr. Toribio Mora, padre de don Emiliano así como de la poesía de éste y del autor del libro que comento. Por cierto, no

los analizaré en extenso como merecen estos temas.

EL PENSAMIENTO POLÍTICO

Dentro del gran aporte a la cultura del Ecuador y a su desarrollo político efectuado por inolvidables ciudadanos lojanos, Toribio Mora merece una preocupación especial de Eduardo, al darnos a conocer aspectos importantes de su biografía. Jurisconsulto eminente, graduado en la Facultad de Derecho de la Universidad de Cuenca, colabora en la creación de la Corte Superior, suscribe en 1856 y 1858, junto con otros inquietos espíritus de la época, algunos manifiestos destinados a defender los derechos de Loja, y el 5 de enero del 58, participa en la creación de la “Sociedad Científica Confederada”, cuyo ideólogo era el ilustre cuencano Benigno Malo Valdivieso. En 1860 será nombrado Secretario General del Gobierno Federal de Loja.

Como es sabido el año de 1859, marca una profunda crisis política en nuestro país, cuyas causas y efectos no han merecido todavía un sereno e imparcial estudio e investigación de parte de nuestros historiadores. Crisis que lleva a que se fragmente El Ecuador en cuatro gobiernos. Uno de ellos es el de Loja, cuyo pronunciamiento se efectúa el 18 de septiembre de ese año.

La República del Ecuador, nacida en la Convención de 1830, establece para ella un régimen presidencialista muy curioso porque aunque reconozca también los dos clásicos poderes, Legislativo y Jurisdiccional, en verdad y en la práctica establece un centralismo absolutista hábilmente disfrazado de flamante republicanismo; y esto se debe, pienso yo, a dos vertientes: la una, a la costumbre inveterada de más de trescientos años de sujetarse al centralismo administrativo y monárquico español establecido por Felipe II; y, por otra, al pensamiento tan arraigado en el Libertador quien no concibe otro modo de gobernar que no sea el de la dictadura centralista y autoritaria. Y quizás tanto Simón Bolívar como la sumisión a esa costumbre monárquica tuvieron razón de ser frente a las desordenadas e inquietantes realidades, de este sí nuevo mundo, que surgía ante los herederos de la Independencia, hecho político anhelado pero del cual no existía antecedente alguno; por eso, no hallaron otra respuesta a esa exigencia histórica que el caudillismo centralista. Ya lo dijo el Libertador ante los afanes independistas de los patriotas del 9 de Octubre, que era absurdo que Guayaquil se convirtiera en una minirepública. Tal vez don Simón no quería o no aceptaba una mayor fragmentación del inmenso imperio en circunscripciones geográficas más pequeñas de la que ya existía. De ahí su afán de

convocar al Congreso Anfictiónico de Panamá.

La gran inquietud que tenemos ahora en el siglo XXI, es la misma que subsiste desde esa fragmentación política y geográfica del siglo XIX. Por eso nos preguntamos ¿Será democrático y beneficioso para nuestros pueblos el presidencialismo centralista y caudillista? ¿Cuáles han sido sus logros a favor del bien común, mandato primario y obligatorio de todo gobierno democrático? ¿No habría sido mejor buscar otra manera de gobierno? Quizás por eso en diversas épocas de nuestra vida republicana, se ha planteado la necesidad del federalismo, o de las autonomías como se dice ahora, ante la tímida descentralización por cuotas que accede a entregar el presidencialismo actual.

Ya dijimos que 1859 fue para nuestro país unitario un año de profunda crisis política que puso en peligro su destino histórico al dividirse en cuatro realidades y aspiraciones geográficas distintas. Pero a mi modo de ver, los intelectuales lojanos son quienes en verdad comprenden la verdad de cuanto ocurre y por ello presentan la única propuesta valiente y renovadora que llevan a la práctica durante un año con evidente beneficio para sus habitantes. Me refiero al “Gobierno Federal de la provincia de Loja”, que comprendía las actuales provincias de El Oro,

Loja y Zamora. Toribio Mora resume en pocas palabras la razón de ser de este pronunciamiento: "...el pueblo lojano, aleccionado por la experiencia, buscó en la mutación de sus instituciones la resolución del arduo problema de su futura prosperidad. Treinta años de continuas borrascas y seis constituciones despedazadas por el Poder Supremo hablan muy en alto contra el centralismo, contra su naturaleza disolvente, contra su poder ilimitado..." Y tenían razón los lojanos al protestar de esta manera, pues era muy cierto el olvido en que los sumía el poder central, además la distancia entre la provincia y Quito contribuía a esa como sordera ante el reclamo por un mínimo de obras que solucionaran sus necesidades básicas, caminos, escuelas, rentas. Además lo manifestado por don Toribio acerca de ese voraz apetito por romper el orden constitucional que han tenido los gobernantes y de convocar a una Asamblea constituyente cada vez que les quedaba estrecha la carta fundamental es tan inobjetable que basta leer cualquier texto escolar para comprobar lo dicho. Por cierto, la asamblea se cuidaban de integrarla con una mayoría bizarramente favorable para que les proporcionaran una constitución a su gusto y sabor, la misma que duraría hasta que otro mandatario repitiera la fórmula. Más de ciento setenta años de vida republicana y no hemos cambiado de discurso, pues, en la actualidad seguimos insistiendo en lo mismo.

Según opinión de la época, reflejada en el periódico "La Federación" de 20 de septiembre de 1860..."Loja, convencida por una larga experiencia de que el centralismo la arruinaba y de que bajo semejante organización iría en decadencia. Sin poder desarrollar los elementos de su riqueza ni conseguir ninguna mejora, ni lograr ser atendida aun en sus más justas pretensiones, no vaciló al verse ya libre del funesto Robles, en proclamar su independencia interior, su emancipación pacífica, su Gobierno propio..." Gobierno que según lo afirma el autor de la obra que comento, pag.41,.. "resultó altamente beneficioso para la provincia, pues entonces se organizó el Tribunal Superior de Justicia, se estableció una nueva división territorial, se rebajaron los derechos aduaneros (para combatir el contrabando), se fundó un instituto de enseñanza secundaria con la fusión de los colegios San Bernardo y La Unión y se crearon facultades universitarias de Filosofía y Jurisprudencia, Medicina y Teología, entre otros actos de gobierno. Al cumplirse un año del ejercicio federalista, el Jefe de Estado, doctor Manuel Carrión Pinzano, expresa: "Ya hemos visto por experiencia, durante este período de Gobierno propio que podemos manejarnos independientemente en aquellos negocios de nuestra especial competencia que nos tenía usurpados el centralismo i que en-

tre nosotros hay bastantes virtudes i elementos para sostener el sistema federal.”

Creo yo que estas ideas federalistas cobran renovada importancia en los momentos actuales que vive El Ecuador ante el fracaso evidente del centralismo presidencialista y el surgimiento de eficaces gobiernos seccionales que han demostrado su exitosa voluntad de trabajar en favor del bien común. En estos mismos días se vuelve a insistir en la necesidad de convocar a una inútil asamblea nacional constituyente como remedio y cura última y milagrosa para el ya cadáver centralista, que en caso de reunirse repetirá el sainete ya conocido. Los ejemplos dados en los últimos años por los municipios de Guayaquil, Quito, Loja, Cuenca, Cotacachi, Otavalo, y de los respectivos Consejos Provinciales, por citar unos casos, nos señalan a las claras el nuevo camino democrático que debemos adoptar. Yo pienso, por ejemplo, que una cantonización a la suiza podría estar acorde con las aspiraciones de nuestros pueblos, considero que precisamente por sus peculiaridades geográficas y espaciales, El Ecuador debería ensayar este sistema para preservar su identidad histórica común y lograr su progreso en un mundo globalizado tan competitivo. En todo caso el modelo suizo o cualesquier otro deben merecer nuestra más absoluta simpatía porque lo cierto es que ya

el centralismo no tiene razón de ser en nuestra época. Por eso mismo las ideas federalistas de los intelectuales lojanos y los logros obtenidos por su gobierno, deberían ser analizados como antecedente favorable para una nueva organización política de la República.

Debemos agradecer a Eduardo Mora quien al darnos a conocer aspectos tan importantes de la personalidad de don Toribio Mora nos ha llevado a meditar sobre su pensamiento político y los sucesos históricos que acompañaron su actividad cívica.

LA POESÍA DE HABLARÁN LOS DÍAS

Pero volvamos a don Emiliano, a quien hemos dejado en olvido por referirnos a las ideas políticas de don Toribio. Emiliano Mora “...es uno de los poetas más delicados y que más vivamente interpreta el espíritu místico de la romanesca ciudad de Mercadillo”, dice de él Clodoveo Jaramillo Alvarado y añade: “...Trae el alma impregnada de melancolía y de misterio, de dulzura nazarena y amor evangélico”. Esta vena inspirada, nazarena y evangélica, se debe al acendrado catolicismo de don Emiliano, “...que se identificaba con la corriente liberal católica que inició en Francia el sacerdote Felicité de Lamennais (1782-1854)... En América Latina dicho movimiento

tuvo gran impacto y en el Ecuador dio origen a la corriente progresista de católicos ilustrados en la que figuraron dos de los más cultos Presidentes de la República: Antonio Flores Jijón y el poeta y lingüista don Luis Cordero. Esta corriente fue combatida tanto por los conservadores como por los liberales radicales y anticlericales.” nos dice el autor de libro que comento.

Don Emiliano tuvo una vocación poética temprana, publica algunas poesías en la revista del Colegio San Bernardo, y es redactor del periódico quincenal “Hojitas Blanquinegras” y de la revista mensual “El Nuevo Horizonte”.

Don Emiliano escribe una poesía de muchos quilates espirituales, basta citar algunos fragmentos de los poemas incluidos en este libro, como los siguientes que me parecen muy ilustrativos:

De “Inocencia”
 “Una niña candorosa,
 preguntaba a su mamá:
 La inocencia, madre mía
 ¿dónde vive? ¿dónde está?”

O el siguiente de “Cuidadlas que son hermosas”:

“Tintes de gran belleza
 tienen las flores,
 mas es cosa harto fácil
 perder colores;

cuidadlas, jardinero,
 que son hermosas
 y pueden ensuciarlas
 las mariposas.”

Su vena lírica se acentúa al cantar a María Santísima como se aprecia en los siguientes fragmentos de sus elogios marianos que copio a continuación, del poema “A María”:

“Bella como se ostenta la luna hermosa
 no tiene tus encantos, Virgen dichosa,
 madre querida,
 ¿Quién podrá sin amarte pasar la vida?”

... ..

Más blanca que los rayos del mediodía.

La hermosura del ángel de más grandeza
 es tan solo una imagen de tu belleza.”

.... ..

“con todos sus aromas la suave brisa
 no puede compararse con tu sonrisa,
 y es tu mirada
 como la de una tórtola enamorada.”

.... ..

o de su poema “El Rosario de María”:

“Tierna sentida canción
 una vez llegó a mi oído,

tan tierna como el gemido
del canario en la prisión;

... ..

¿Qué causa más impresión,
que al despertar en el lecho,
sentir palpitando el pecho
al compás de una canción?...
¡Ah! Sin embargo la emoción
al escuchar la armonía
solo de humana poesía,
¿cómo explicar el encanto
que causa el divino canto
del rosario de María?...

La poesía de don Emiliano es lineal, sin almibaradas frases de cumplimento, son francas, directas, propias del catolicismo sin retórica y responden a la verdad de su alma y su práctica devota. Pero demos un ejemplo también de la vena romántica del enamorado don Emiliano, por ejemplo en su poema: “Busco la Huella” dedicado a Luz Moreno Valdivieso:

“Busco la huella
que tu planta airosa
dejó sobre la tierra
y busco en vano
lo que la tierra
guarda codiciosa,
lo que yo, inquieto,
por encontrar me afano.
Busco en el aire
un resto de tu aliento
perdido en el aroma
de las flores
más ¡ay!, sin escuchar

se cruza el viento,
cantando una canción
de otros amores...”

Este es un bellissimo poema que se debe leerlo más de una vez y con mucha atención y perspicacia, pues, es expresión de un enamoradoísimo sentimiento ante la ausencia definitiva de la amada, o de la amiga muy querida, o de la parienta a quien no se la podrá olvidar, en todo caso en estos versos se percibe un hálito dolido al cerciorarse de la fugacidad de nuestro paso por la tierra y que hacen contraste con sus epigramas y villancicos.

En todo caso lo citado es más que suficiente para demostrar los méritos, la calidad lírica de don Emiliano.

EL AUTOR SECRETO

Pero en “Hablarán los Días” también se incluyen poemas de autor desconocido, aparentemente desconocido. Son poemas muy propios de un fino espíritu habituado a extasiarse ante las emociones que provoca un paisaje, una situación, un recuerdo, los ojos y la mirada de una mujer, y que hablan muy a las claras de la calidad lírica y del buen gusto de su autor, poemas, por otra parte que vienen a la medida de la acción argumental. Por ejemplo los siguientes versos que copio inspirados por Córdoba, la ciudad de los

altos nombres: Séneca, Ibn Hazm, Maimónides, Averroes, Góngora...

“Los geranios se descuelgan.
Los patios son paraísos
y las callejuelas misterios...
En la sobria sinagoga
flota humedad de fe noble.
Alta unción nos embarga
dentro del ámbito arcano
de la mezquita de Córdoba.

Porque como dice Eduardo Mora, citando a Alfonse Daudet: “Los poetas son hombres que miran con ojos de niño”. Merecen copiarse también los siguientes:

“Mujer de luz, tierno aljófar
en los geranios de Córdoba.
...
Y en el misterio del tiempo
tu magia ha vuelto a alcanzarme,

y tú en mí has florecido,
misterio-luz de mi vida,
oh dulce sol retenido
en el fulgor, tan intenso,
de mi emoción frente a Córdoba...!

Versos que los canta al rasgar de una guitarra el legendario y misterios Ruy Cendrás, el francés de quien ya hemos hablado.

Señalo también estos hermosísimos dedicados a Sevilla:

“Sevilla, andaluza eterna.

Donde la vida está entera
como en las rojas naranjas.

...

Tocan de pronto campanas
y el espíritu se expande...
La vida, agudo contraste,
viejo rastro y floraciones.
Sevilla: azahar y canciones.

Sí, añadido yo, Sevilla la del Guadalquivir, azahares y recuerdos de tantas vivencias de nuestros ancestros comunes. Pero los siguientes dedicados a Ecija son también muy significativos, veamos:

“Ecija tiene diez torres.
Sueña el moro con huríes.
Sueña el cristiano con flores.
Se empina el llano verdoso
por las torres, hacia el cielo...
...
por el cielo de claveles...”

Bien decía el perspicaz poeta argentino Rubén Vela, al referirse a Eduardo Mora, pues son de él los versos que he citado en el prólogo de su libro “Los Salmos del Mar”: “... a pesar del ceñido rigor intelectual que su palabra ofrece, no deja de sorprender la belleza de sus hallazgos poéticos, que son como temblores de un orden superior, que se origina en la claridad y sencillez de sus oraciones, como cuando dice: “Mi alegría está en la dicha/ del agua que viene y va...” Yo estoy plenamente de acuerdo con el notable intelectual Rubén Vela, y con él podría decir que agra-

dezo también a Eduardo Mora Anda por los momentos de reflexión muy agradables que he dedicado a rehacer mi modesta presentación de su libro “Hablarán los Días”, y deleitarme con mis pequeños descubrimientos del “poeta secreto”, que son iguales a los que siempre he tenido con la lectura de su sabio pensamiento lírico, histórico y filosófico.

Sus “Palabras Personales”, “Los Salmos del Mar”, así como el resto de sus libros, serán siempre para mí, motivo de especial recuerdo a su personalidad, a su amistad, a su calidad humana y espiritual, que en verdad admiro.

Quito, enero 14 del 2006